



Acerca de la pependciera e indisciplinada vida de los léperos capitalinos^{*}

RESEÑADO POR EDUARDO NIVÓN BOLÁN**

¿Cuándo surge la plebe? ¿Cómo se construyó el estigma del lépero, el mestizo, la plebe o el pelado? ¿Cuándo el mestizaje dejó de ser un estigma y fue interiorizado como un valor? ¿Cómo se desplazó el imaginario social del indio al lépero o, al menos, cómo se estableció la oscilación entre estas dos categorías sociales? ¿Es posible que hubiera habido un destino distinto a la plebe de la Colonia y del México independiente si el desarrollo económico hubiera sido otro? ¿Había un futuro distinto para las castas? ¿El lépero era insubordinado y el indio sumiso? ¿El indio estallaba inesperadamente en violencia y el lépero la cultivaba cotidianamente? ¿Había léperas? ¿Cómo hizo la ciudad de los palacios para esconder a sus pelados? ¿La marginación del lépero era total? ¿En caso contrario, cómo participaban de las instituciones? Éstas y más preguntas las iba anotando al avanzar en la lectura de *Acerca de la pependciera e indisciplinada vida de los léperos capitalinos*, con la esperanza de que al final me quedara claro cuando menos alguno de estos problemas. Pero, como suele ocurrir con los trabajos bien hechos, más que soluciones y

doctrinas definitivas, lo que aportó la lectura fue dudas y nuevas preguntas y no tanto respuestas definitivas.

Ana María Prieto Hernández abre su texto explicando que su preocupación inicial fue el estudio de la formación de la clase obrera en México y lo cierra suponiendo que la leperada es una de sus fuentes, pero en el curso del trabajo nos ofrece un relato amable y profundo de la vida urbana capitalina en el siglo XIX y de la estructuración social y política de las clases que la habitaban. Creo que el antropólogo preocupado por los temas de cultura y vida urbana encontrará en este texto, entre otros, tres temas de reflexión de gran relevancia y actualidad. El primero tiene que ver con la relación entre la antropología y la historia. El segundo es el de la formación de los rasgos de la cultura nacional con que pretendemos definirnos, y el último es cómo explicar la relación entre aquellas masas pobres de la ciudad y el resto de las clases, así como la cohesión social de la comunidad urbana. Usando el texto de Ana María Prieto Hernández como instrumento de reflexión o ejemplo,

intentaré referirme brevemente a estas cuestiones sin la pretensión de responderlas.

1. Hace cuarenta años, el antropólogo británico Evans-Pritchard señaló que la antropología y la historia no se distinguían por sus objetivos o sus métodos, pues ambas tenían por misión hacer inteligibles los fenómenos sociales, sino acaso por la peculiar orientación de cada una de ellas. “Los historiadores escriben la historia, por decirlo así, hacia delante, y nosotros intentamos escribirla hacia atrás”; tratamos de comprender un fenómeno en su actualidad —explica Evans-Pritchard— y, a partir de tal proceso de entendimiento, interpretamos las fases de su desarrollo en el pasado. En realidad la diferencia entre las dos disciplinas es sólo aparente. El mismo Evans-Pritchard, más adelante del pasaje que he citado, apunta que el historiador produce su trabajo siempre desde la perspectiva del presente, de modo que no se aleja mucho de las preocupaciones del antropólogo. Hay, con todo, diferencias profesionales que a veces toman una dimensión notable. En general los antropólogos hacemos mal uso de las fuentes, las empleamos con una pobre crítica de su valor científico —si es que hay una preocupación verdadera al respecto— y, por otra parte, en nuestra ignorancia, no reconocemos el valor sociológico del trabajo de innumerables historiadores que aportan evidencia etnográfica de primer nivel, elaborada a través de fuentes de archivos y documentos de variada índole.

Lo anterior sirve para justificar una cierta distancia del trabajo de los antropólogos con respecto del

* Ana María Prieto Hernández, *Acerca de la pependciera e indisciplinada vida de los léperos capitalinos*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2001.

** Profesor investigador del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa.

de los historiadores, e incluso alguna envidia. Su trabajo parece ser más serio que el nuestro, pues no tenemos más evidencia de nuestras afirmaciones que nuestras propias observaciones. Pero ¿qué decir de un trabajo histórico elaborado por una antropóloga? ¿Cómo podemos establecer un juicio sobre la corrección teórica de un trabajo que es al mismo tiempo etnografía e interpretación histórica?

Creo encontrar en el trabajo de Prieto Hernández tres claves en este sentido. En primer lugar seriedad. Las fuentes están referidas, el periodo de estudio acotado, el método de análisis bien precisado. Pero además, y esto es lo relevante, la autora toma de la antropología —o al menos así lo quiero ver yo— la visión de que el trabajo del científico social es una labor de intérprete, de traductor de un mundo cultural a otro; su misión es verter una manera de entender la vida o el mundo de un medio social a otro, de una clase a otra, de una época histórica a otra... La hermenéutica histórica de Ana María Prieto Hernández no está sostenida en instrumentos sofisticados, pero sí en la búsqueda de los significados, en la historiografía profunda, para parafrasear a Geertz; es decir, en la búsqueda de todos los ángulos o relaciones en donde es posible encontrar la significación. Aún más, como buena heredera de Geertz y de Rosaldo, la autora acepta que no está libre de las distorsiones de la interpretación, pues hace elaboraciones de segundo piso, es decir su materia prima son otras interpretaciones, y se presenta como un *sujeto ubicado*:¹ mexicana, clasemediera, maestra, historiadora y antropóloga, franciscana y comunista por herencia materna y paterna, atraída a toda clase de utopías que propon-

gan la reivindicación de los pobres, los excluidos, los léperos (p. 23).

2. ¿Cuál es el papel del lépero en la construcción imaginaria de nuestra identidad? En 1934 Samuel Ramos publicó su “Perfil del hombre y la cultura en México” en donde elabora una tipología del mexicano que ha dado varias vueltas y ha sido objeto de múltiples rechazos. No quiero defender una interpretación ya muy cuestionada, pero sí señalar un hecho notable: las tres clasificaciones, o tipos propuestos, son todos urbanos: el pelado, el mexicano de la ciudad y el burgués mexicano. En el perfil del mexicano de los años treinta, cuando la ciudad de México aún no alcanzaba el millón de habitantes y el máximo rascacielos era el edificio de La Nacional, el pelado, el *héroe agachado* —como lo llama Roger Bartra— ya no es el indígena-campesino arrojado del paraíso rural, sino el pobre urbanizado aunque no proletarizado, “un desecho social, un animal que se entrega a pantomimas de ferocidad que no son más que un desquite ilusorio de su situación real de vida”, como escribe Paz en 1950 (citado por Bartra, 1987: 109-110). En 1966, Jorge Portilla construye a partir del relajo —basado en la ironía, la irresponsabilidad, el desprecio al orden y el humor— una nueva polaridad. Frente al hombre del relajo, aquel que no toma nada en serio, aparece otro que condensa al otro hombre de México: el apretado (Portilla, 1984: 87), pero ambos son tipos urbanos.

Quizá una de las transformaciones culturales más significativas ocurridas en la primera mitad del siglo XX sea que las características étnicas y raciales, que por largo tiempo operaron para producir la

segmentación social, fueron desplazadas por elementos que caracterizaban a diferentes tipos sociales sólo por su comportamiento cultural, terminando por completar el mito de que México es una sociedad no racista: pareciera decirse que en nuestro país sólo nos distinguimos por el escándalo o el relajo, el grito y la máscara, aunque en el fondo todos participamos del mismo complejo de inferioridad.

Parecería que algunos de los pasajes que Ana María Prieto Hernández nos ofrece en su libro apuntan hacia la construcción de estos nuevos tipos culturales. El lépero se enfrenta a la muerte como si tal cosa, es jugador, hábil, oportunista, maneja un lenguaje tabernario, ama el juego y se presenta ante las instituciones abrigado por la solidaridad y la masa. Pero es diferente al indio. Por ello es que tal vez el redescubrimiento del lépero en el siglo XX sea consecuencia de un anhelo de modernidad. Antes renacer de las cenizas de Cantinflas que de Calzontzin, al fin y al cabo el primero se hizo millonario y nos hizo reír sin avergonzarnos de ser modernos y mexicanos.

3. ¿Cómo fue posible mantener el orden social en un mar de marginación y pobreza? Si hay algún misterio en la extraordinaria exposición de la vida de la leperada en el siglo XIX es cómo fue que no hubo más revueltas y agitaciones que las que son descritas por la autora. En el siglo XVII, en 1624 y en 1692, tuvieron lugar en la ciudad de México sendos motines derivados de la escasez y el encarecimiento de los granos. La descripción que hace de ambas revueltas la historiadora Rosa Feijoo (1964 y 1965) es sorprendente desde el punto de vista

¹ Ubicar al autor de la etnografía es punto clave de la interpretación según Rosaldo (1989: 30)

político. Los disturbios surgieron prácticamente de la nada, es decir no había asociaciones, partidos ni organizaciones populares. Los ánimos ardieron con suma rapidez y los niveles de violencia fueron considerables: se quemó el mercado y el palacio del ayuntamiento en uno de ellos y en otro la furia alcanzó la misma sede de la audiencia. ¿Por qué la plebe se mantuvo aparentemente más disciplinada en el siglo XIX? ¿De dónde brotaba el control político? Ana María Prieto ofrece varias referencias de la estrecha vinculación de los léperos con el clero pobre. La limosna y la mendicidad eran otro instrumento de conexión de los léperos con el resto de la sociedad y por ende de control social. Las intervenciones extranjeras, según el material recuperado por la autora, se enfrentaron a los léperos, pero tampoco podemos hablar de una resistencia organizada. La revuelta de la Acordada y del Plan de Ayutla, podrían hacernos creer en el carácter progresista de los léperos al apoyar a Vicente Guerrero y a Comonfort, pero no son más que resplandores momentáneos. En cambio podríamos pensar que en algunos de estos movimientos los léperos cumplieron el papel que el lumpenproletariado

tuvo a favor del encumbramiento de Napoleón III. Realmente el misterio de los léperos, desde mi punto de vista, radica en cómo se conectaban con el poder político, y el tema se vuelve de actualidad porque las masas de pobres en América Latina han perdido con las políticas neoliberales los pocos vínculos que los conectaban con el poder. Para qué apoyar un gobierno si el escaso compromiso social ha quedado subordinado a las variables macroeconómicas, si los subsidios sociales son sustituidos por criterios de mercado, si las expectativas de ascenso o sobrevivencia social ya no son ni siquiera prometidas por el Estado. Los gobiernos neoliberales han vuelto a hacer añorable el mundo de promesas en que vivíamos antes. “Basta de realidades, queremos una promesa”, decía un graffiti en una barriada de esta ciudad. Y el mundo de los léperos del siglo XIX nos aboca a pensar en una sociedad en donde la falta de instituciones y la carencia de compromiso público arrojaba a los pobres a la calle, a la enfermedad y a la cárcel como única esperanza. La lectura de este libro me lleva a pensar sobre el peligro de ver a los léperos con ojos románticos, riesgo que creo que la autora evita correctamente. No los veo como

Adanes subversivos o pobres redimidos por su pobreza, sino como una realidad que debemos superar, hacer de los léperos sólo un signo de creatividad porque conservamos la lozanía de su lenguaje y sus manifestaciones artísticas, pero a partir de la situación de injusticia en que vivieron o viven, hemos de superar su realidad de pobreza y marginación.

Referencias

- BARTRA, ROGER
1987 *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, Grijalbo, México.
- EVANS-PRITCHARD, E.E.
1978 “Antropología e Historia”, en *Ensayos de antropología social*, Siglo XXI, México [1962].
- FEJOO, ROSA
1964 “El tumulto de 1624”, en *Historia Mexicana*, vol. 14, núm. 1, julio-septiembre, pp. 42-76.
1965 “El tumulto de 1692”, en *Historia Mexicana*, vol. 14, núm. 4, abril-junio, pp. 656-676.
- PORTILLA JORGE
1984 *Fenomenología del relajó*, Fondo de Cultura Económica, México.
- ROSALDO RENATO
1989 *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

